

# CAMBIO CLMÁTICO GLOBAL: HECHOS, MITOS Y ALTERNATIVAS

José Arias Chávez

PEUACM. Enero de 2008

## Resumen ejecutivo

En la última mitad del siglo pasado lo que solo era una teoría científica por comprobarse, pasó desde hace 2 décadas a ser más que un fantasma que amenazaba al clima, una pesadilla que empieza a tornarse una realidad palpable en nuestra vida cotidiana. Pero para dejar a un lado el lugar común apocalíptico y averiguar si nuestro título es digno de crédito o uno más de los espantajos a los que nos va acostumbrando la *ciencia–ficción-real* con la que coexistimos en una cada vez más *realidad virtual*, hay que ir a los hechos e intentar entenderlos en su plena complejidad. Veamos:

Ya se sabe que no existe algo así como una *normalidad* fija, estática, en la vida del planeta Tierra, e incluso en la de sus ecosistemas vivos. De hecho, la vida misma no es sino una dinámica sucesión de cambios, y la de nuestro planeta también lo ha sido desde prácticamente su nacimiento hace unos 4,500 millones de años. No obstante, y aunque hoy sabemos que en la historia “reciente” de la biosfera (digamos, los últimos dos millones de años, que contemplaron el nacimiento y la evolución de los seres humanos) ha habido ya varios ciclos de cambio climático tan notorios y acentuados que dieron lugar a varios períodos alternativamente glaciales o interglaciales, según las capas de los casquetes polares y de las altas montañas se cubrieran de hielos más o menos permanentes o se les derritieran y redujeran en su extensión esos glaciares, y, bajo una óptica simple, podríamos decir que lo que ahora llamamos el Cambio Climático Global no sería sino uno más de esos episodios que de todos modos nuestro planeta ha sufrido, independientemente de lo que los seres humanos y otros de sus habitantes, hagamos o no en su biosfera. Y de ahí pasar tranquilamente a juzgar que entonces no hay tanto de qué escandalizarnos.

Desde luego que desde ese punto de vista, es cierto que el Cambio Climático no es *una novedad*. Sin embargo, creemos que lo que ahora vivimos sí amerita un análisis menos simplista, sobre todo, en la medida en que no seamos ya ni unos meros espectadores pasivos ni los “aprendices de brujo” tan irresponsables que hemos sido a lo largo de la historia de lo que hemos llamado “la Civilización”.

En efecto, si bien es conocido que esos grandes cambios en el clima del planeta han ocurrido prácticamente sin la intervención humana (la última glaciación terminó hace tan sólo doce mil años, es decir antes del comienzo de la Historia propiamente dicha), también es un hecho ya incontrovertible que en los cambios recientes del clima terráqueo, las crecientes actividades humanas –en especial tras la *Revolución Industrial* de hace dos siglos- han tenido un papel también crecientemente relevante en la acentuación de ciertas tendencias o bien la atenuación de otros factores, todo ello que, directa o indirectamente, sí ha contribuido a una notoria tendencia presente al incremento del llamado “efecto de invernadero” *adicional* por las actividades humanas. Éste ha provocado, primero, un casi imperceptible pero determinante calentamiento global, que a su vez, es el motor del actual y cada vez más claro desequilibrio del clima que vivimos en todo el planeta, que da cada vez más constancia de él a través de las acentuadas sequías o inundaciones, del incremento en el número y la intensidad de tormentas y ciclones, en la pérdida de la cubierta de hielo acentuadísima y notoria tanto en los glaciares de las montañas como en los casquetes polares que van disminuyendo a la vista y también en efectos como el incremento de los “hoyos en la capa de ozono” de ambos hemisferios (algo más en el Sur) y todo lo que ello

conlleva: incremento de cáncer de la piel, cataratas y ceguera en humanos y animales, cambios genéticos en animales y plantas y más calor que llega al suelo terráqueo..

Así, los efectos en los ecosistemas naturales y en la sociedad humana se multiplican y han complicado notoriamente en las últimas décadas del siglo XX y la primera del XXI:

Desde casos tan particulares como que las ovejas de Nueva Zelanda, los canguros y conejos en Australia o las llamas y vicuñas de Argentina o Chile, en el hemisferio sur, se estén quedando ciegos por el efecto en los ojos de la incrementada radiación ultra violeta que deja pasar el agujero de la capa de ozono en ese hemisferio (del tamaño de Brasil), hasta el hecho insólito de que a los rubios niños -sin suficiente protección a la radiación solar en su epidermis y ojos- de Australia, Nueva Zelanda o la Patagonia no se les permita salir a jugar al sol durante su *recreo* escolar. O casos mucho más generales como las recientes inundaciones en el sureste de Asia, o el desprendimiento de cada vez más grandes témpanos del Polo Sur del tamaño de países enteros europeos; o la devastación de huracanes, tifones y tornados crecientemente más frecuentes e intensos, las terribles sequías que cada año causan la muerte por hambre de millones de personas en África, o la pérdida de cosechas de en muchos países, o la muerte de miles de vidas en Europa por la ola de calor de años recientes.

Y no estaría tan mal irnos adaptando a estos fenómenos, pues el asunto no es una moda aterrizante más, sino un hecho que ***llegó para quedarse***, quizá por siglos.

Aunque mañana mismo se implementaran todas las medidas que veremos que podrían frenar el fenómeno a largo plazo, ese plazo es tan largo que la inercia del Calentamiento Global nos hará ver sus efectos perdurables por lo menos hasta el siglo XXII o XXIII. Efectivamente, hemos de ver de aquí a esos otros siglos cómo el nivel del mar crece entre uno y dos metros por lo menos, tanto por el efecto de dilatación de un agua un poco más cálida, como por el ingreso del agua que se derrite de los glaciares y los polos; altura que podría parecer insignificante para muchas zonas costeras de elevación rápida como las de nuestras costas en el Pacífico, pero que podrán ser catastróficas para lugares como Venecia, Cancún, Miami, Hamburgo, Alejandría o Veracruz; para ya ni hablar de la suerte de países enteros como ciertas islas del Pacífico, o de la muy poblada Bangla Desh y hasta a la progresista Holanda.

Y este trabajo, trata precisamente en sus seis capítulos y apéndices, tanto de la trascendencia concreta de todos estos hechos y por supuesto de sus implicaciones para nuestro futuro inmediato, sus características específicas, así como de las alternativas de acción que todo ello nos plantea, en particular en las tres áreas que una respuesta racional nos marcan: ña prevención, la mitigación y por último, la adaptación.